

no de la vida real. Hállanse en contradicción completa con las exigencias de la época, y su sola presencia torna imposible toda avenencia con el mundo. Que sea bastante numeroso el reclutamiento del clero secular, y se pasará muy bien sin ellos».

**5. Hacer separación entre el Cristianismo y lo sobrenatural y la perfección, equivale á dirigir un ataque contra su vida.**—Como respuesta á esas doctrinas, basta con recordar la situación de la Iglesia en los países y en las épocas en que han sido aplicadas. Y tal vez conviene hacer notar á quienes así piensan y se expresan, qué ayes dan antes que nadie respecto de la supuesta esterilidad de nuestros esfuerzos. «¿Quién nos dará sabios superiores al mundo, hombres que le obliguen á contar con ellos y á respetarlos?—exclaman—¿En dónde buscar los sacerdotes que nos hacen falta para servicio de la Iglesia? Tenemos universidades, seminarios, fundaciones, pensiones; ¿por qué alcanzamos tan medianos resultados? ¿De dónde, pues, procede el mal? ¡Ay! no debe buscarse en otra parte sino en los gustos materialistas de nuestra época».

Así terminan invariablemente sus desesperadas quejas. <sup>(1)</sup>

¿Si esos nuevos Jeremías pudieran llevar algo más adelante el pensamiento que ahora mismo acabamos de manifestar!

¿Por ventura el mundo no fué siempre mundo? ¿Por qué la acción de los sacerdotes, de los predicadores, de los escritores eclesiásticos y de los doctores ejerció antes de ahora mayor influencia sobre él? Actualmente los establecimientos de enseñanza para el clero, y los sacerdotes empleados en su ministerio son mucho más numerosos de lo que fueron en ciertas épocas. Tenemos sabios, maestros escritores y revistas en gran número. En las ciudades hállase constantemente numeroso clero. Hace verdaderamente cuanto puede; predica mucho, casi demasiado; predica sabiamente, en ocasiones demasiado también. La suntuosidad no falta ni en los templos ni en las ceremonias

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 344 y sig.

del culto. No obstante, con dolor experimentamos que todo eso no basta.

¿En qué consiste? Pueden señalarse varias causas, que no proceden de nosotros y que no nos es dado suprimir. Pero dase una que ciertamente no es la menos importante, y de la cual difícilmente podríamos disculparnos. Consiste en que, á manera de sabios de gabinete, y aun á semiracionalistas, esperamos el triunfo de nuestra causa únicamente de un progreso en la ciencia y de medios exteriores enteramente profanos, por no decir de la inevitable fuerza de las cosas.

La ciencia, la participación en mayor grado en la vida pública, la actividad social política, los viajes, el roce con la vida ordinaria, he ahí las únicas frases que aparecen constantemente en nuestros labios.

Con eso, perdemos precisamente de vista lo que sirve para dar vida y fuerza á nuestra actividad. No es la ciencia lo que nos falta, ni tampoco la actividad. Necesario es penetrar más hondo para dar con el mal.

No se puede hacer notar lo bastante que la condición primera de todo progreso es la regularidad, así en la propia vida interior como en la actividad exterior. Mas necesario es hacer notar con igual insistencia, que lo ordinario tórnase forzosamente rutina ó servidumbre desagradable, ó bien lleva á malsanas singularidades, si lo extraordinario no viene en su ayuda, y si la actividad exterior no se ve enervada por el fuego interior.

Desde que el entusiasmo del pueblo cristiano no va dirigido hacia el esfuerzo para llegar á la piedad y á la virtud sólida, sino al enfermizo temor del demonio, y hacia el deseo no menos enfermizo de revelaciones y de apariciones; desde que intentamos persuadirnos de que se debe dejar á los demás el cuidado de orar, porque nosotros tenemos mucho más que hacer; desde que los conventos no son ya, propiamente hablando, semilleros de santidad para la cristiandad entera, sino que vegetan miserablemente, y solamente se les tolera como especie de cuarteles

auxiliares y como puestos de bomberos, desde entonces, dado es afirmar que nuestra labor no es bendita. Además, diríase que nuestra actividad, no obstante las buenas intenciones de que parece hallarse animada, no es capaz de santificarnos. En vez de hacer de nosotros hombres interiores, de tal suerte nos arrastra hacia lo exterior, y hasta tal punto nos torna laicos, que casi comprendemos esa consigna que por doquiera óyese resonar: «¡Fuera de la sacristía!», como si no nos fuera dado hacer bien en ella. (1)

Sin embargo, ¿quién podría disimularse que los pastores ordinarios de las almas no bastan para satisfacer las necesidades extraordinarias de la época? ¿que para volver las masas á la fe, á la moral, á la sobriedad, á la moderación, á la obediencia y á la religión, requiérese no solamente una cruzada de misiones y de ejercicios espirituales, una actividad continua en la prensa, en el púlpito y en el confesonario, sino ante todo el ejemplo estimulante de los santos? ¿Quién, pues, no ve que se hace imposible remediar los males de la sociedad sin un ejército volante de voluntarios bien preparados, bien penetrados del espíritu apostólico? ¿Quién, pues, duda que el número de vocaciones eclesiásticas no se acrecerá nunca en tanto que el espíritu de las masas no mejore, y que los mismos pastores tienen necesidad tanto mayor de una formación especial y de cuidados espirituales particulares, cuanto que más numerosas y abrumadoras son las obligaciones que sobre ellos pesan?

¿Y se cree que es dado atender á todas esas necesidades mediante palabras muertas referentes á la ciencia, á la actividad social, á la necesidad de un trato más inmediato con el mundo y de una armonía más íntima con las ideas de la época!

¿Y se teme que el clero pierda fuerzas, si los conventos volvieren nuevamente á llenarse y renovasen en el pueblo

(1) Es necesario tomar en buen sentido la frase: «¡Fuera de la sacristía!» Lo prudente es, dentro y fuera: dentro, para sostener el fuego interior de la caridad y de la vida del espíritu; fuera, para combatir el mal y deshacer el error.—N. del T.

cristiano el espíritu de mortificación, de piedad y de perfección! ¡Y mírase como un hecho de escasa importancia la desaparición de la influencia ejercida en otro tiempo por las Órdenes religiosas, bajo el pretexto de que borraría más aún de lo que está la de las universidades, y de que el clero secular muy pronto acabaría por verse despojado enteramente de su autoridad!

La causa de ese mal no es difícil de encontrar.

Hanse tomado las cosas demasiado estrictamente á la letra, cuando se ha tratado de delimitar lo que hay de esencial y de accesorio en el Cristianismo. Por último, apenas hánsele dejado plumas al pichón. En fuerza de sacarle lo que parecía superfluo, hásele, digámoslo así, sustraído la médula de los huesos. Sabiendo bien lo que querían los enemigos de la Iglesia, dieron el tono, bajo el pretexto de hacer Cristianismo más conforme con los tiempos y de facilitar su triunfo, y con frecuencia los defensores legítimos de la verdad han seguido su ejemplo, sin darse cuenta de las consecuencias que, no obstante, á nadie se ocultaban.

La Iglesia no es, sin embargo, un árbol corriente. Á éste, puédele el jardinero suprimirle una rama, y después otra sin causarle daño, bien que, no obstante, acabe por hacerle morir, cuando hace labor de carpintero. Pero si á un cuerpo se le quita, del propio modo que á la Iglesia de Dios, un miembro, aun el más insignificante, ¿qué sucede entonces? Ese cuerpo resulta mutilado y todos los demás miembros padecen. Aun cuando ese miembro no fuera indispensable á la Iglesia, y aunque sin él pudiera perfectamente seguir viviendo, no es menos cierto que se le abrieron violentamente las venas, y que se le sacó una parte de su savia. Mas cuando se trata de ver qué cantidad de sangre es dado sustraer á un organismo tan noble, sin hacerlo perecer enteramente, entonces todo se acabó para él.

Pues bien, tal es verdaderamente el proceder de aquellos que, con aire de benevolencia, aseguran constantemente que no se les ocurriría atentar á la vida de la Igle-

sia. Hace más de un siglo que andan probando cada día qué número de sangrías puede todavía soportar. Y en eso proceden no como quirúrgicos, sino como leñadores, mozos de matadero ó carniceros judíos. De igual modo que se derriban los árboles en el bosque, así, empuñada el hacha, golpean con redoblados golpes todas las doctrinas, todas las instituciones del Cristianismo <sup>(1)</sup> que molestan el espíritu de la época, y así han derramado como agua la sangre de Jerusalén. <sup>(2)</sup>

En tales condiciones, no es de extrañar que las cosas hayan llegado al punto en que se encuentran. Ciertamente, no han podido dar muerte á la Iglesia, pues que el Señor cuida de que su palabra no sea tratada de falsedad, pero su vigor ha venido á menos, su calor se enfrió y sus colores hanse tornado pálidos.

#### 6. Relación entre lo sobrenatural y la perfección.

—¿Y nosotros? Allí estábamos y mirábamos, primeramente, ansiosos, después, en seguida, tranquilos, diciéndonos: «¡Ved qué madre tenemos! Posee una fuerza de resistencia verdaderamente increíble. Si es capaz de resistir tales acometidas, soportará bien otras. ¡Qué vida indestructible, qué pujanza maravillosa posee! Vedla despojada de su celestial vestidura, mutilada en todos sus miembros, teniendo apenas con qué cubrirse y no morir de hambre. Á pesar de eso, mantiénesse siempre viva y activa. ¡Qué más necesita? ¡Á qué exponernos acudiendo en su ayuda, puesto que le es dado perfectamente arreglarse ella sola!»

Así es como el último resto de fe en lo sobrenatural, por débil que fuese, debía suministrar vergonzoso pretexto á nuestra pereza y á nuestra cobardía. Para ahorrarnos las molestias de la lucha, hémonos también acordado de la doctrina de la divinidad de la Iglesia y del poder de la gracia. Pero, aparte de eso, lo sobrenatural hízosenos extraño, por no decir sospechoso y molesto.

Sí, á no dudar, las principales causas de la frialdad espiritual, y de la parálisis de que estos últimos tiempos

(1) Psal., LXXIII, 5, 6.—(2) Psal., LXXVIII, 3.

han sido testigos, son la falta de inteligencia tocante á lo sobrenatural, y la indiferencia respecto de la santidad.

Quien dé una ojeada á las obras teológicas que se han publicado en la Iglesia de más de un siglo acá, no puede salir de su asombro, notando que, no solamente toda concepción profunda de la enseñanza de lo sobrenatural anda allí ausente, sino hasta su idea misma. Parecería que no se haya querido pensar en ello. Rivalízase en celo con el racionalismo para hacer de la Iglesia uno de esos templos claros, uniformemente blanqueados en su interior, y vacíos de todos los pretensos adornos de los antiguos tiempos bárbaros. <sup>(1)</sup>

Y si tal era la teoría, tal era la práctica. Al Cristianismo, emancipado cuanto es posible de las doctrinas de la fe, y fundado casi únicamente sobre la razón, debían responder el silencio y la modestia en la vida de la Iglesia. Para que el mundo no sintiera horror alguno súbito al solo nombre de Cristianismo, volviósse éste á manera de guante, de tal suerte que el cristiano resultase dentro y el ciudadano fuera. Éste último resultaba entonces un ser excesivamente pacífico, que se proporcionaba la existencia tan grata cuanto era posible, y en quien nadie adivinaba que en él viviera un cristiano como en un hospital un enfermo. Abriáanse efectivamente tan de raro en raro y por tan breve tiempo las ventanas á ese cristiano enfermizo, para darle aire y luz, que bien pronto mejor pareció un moribundo que criatura viva. <sup>(2)</sup>

En estos revueltos tiempos, la vida pública de la Iglesia, si todavía se permite esta frase, respondía por entero á la conducta individual de sus miembros. Los sacerdotes penetraban disfrazados en los aposentos de los moribundos,

(1) Dicho sea con todo el respeto debido al autor, parécenos muy exagerada su manera de ver; y la prueba mejor, son los hechos; yo ruego á cualquiera, que registre los trabajos del P. Monsabré, los profundos y numerosos libros de Monseñor Gay; la copiosa y brillante labor del Abate Sauvé, las incomparables obras del P. Faber, los sólidos libros del P. Blot, y luego diga lo que siente.—N. del T.

(2) Tampoco aquí parece hallarse en lo exacto el respetable P. Weiss; si hay gentes de escaso fervor, las hay también, ¡y cuántas! de sólidas y cristianas virtudes.—N. del T.

llevando el Santísimo Sacramento escondido. Ninguna procesión se atrevía á desplegarse á la luz del sol. Como canto, en los templos, no se toleraba otra música que la de ópera; las melodías sagradas habían cesado. Los confesorios habíanse cubierto de polvo, los goznes de las puertas de los tabernáculos estaban oxidados y apagadas las lámparas del santuario. Aquello ofrecía mayor tristeza que si el interdicto pesara sobre un territorio. Todos gimieron entonces; pero, en las presentes circunstancias, hallábanse satisfechos, porque—decían—la luz comenzaba á penetrar en los entendimientos.

¡Pues bien! gracias á Dios, esos tiempos han cambiado. Lo sobrenatural ha traspasado esas nubes de plomo, y como onda bienhechora, derramó el frescor y la vida sobre la tierra entumecida.

La Iglesia despojóse de sus vestidos de luto; sacudió el polvo que los cubría; rompió las cadenas que pesaban sobre sus espaldas; recobró su espléndido ropaje de otros tiempos; hízose nuevamente corona magnífica en las manos del Señor, diadema real de Dios. <sup>(1)</sup> No es la abandonada de otros tiempos, pues sobre sus techos mantiénesen día y noche guardianes, que no cesan de proclamar la doctrina de lo sobrenatural, <sup>(2)</sup> como en los pasados días de su prosperidad.

La vida de los cristianos ha sufrido igualmente saludable transformación. Los templos llénanse de nuevo; recíbense los sacramentos, y es dado afirmar por doquiera mejores aspiraciones. Es ese ún hecho que únicamente groseros ó agriados espíritus podrían negar. Si comparamos nuestros días con los pasados, no podemos menos de decir con ánimo conmovido, y levantando agradecidamente los ojos á Dios: «Es un consuelo vivir en estos tiempos. Dios borró de nuestra frente la vergüenza que nos habíamos atraído, destruyendo con loca demencia su obra, lo sobrenatural. Hala Él como resucitado, y, por el hecho mismo, nos ha dado la vida».

(1) Is., LII, 1 y sig.; LXII, 3.—(2) Is., LXII, 4, 6.

**7. La restauración de lo sobrenatural y los esfuerzos para lograr la perfección distan todavía del punto en que debieran hallarse.**—Pero confesémoslo, todavía estamos muy lejos de haber resuelto la tarea que Dios puso ante nosotros, mediante la renovación milagrosa de nuestra época, es decir el restablecer á lo sobrenatural en todos sus derechos.

Quien se negare á admitir esto, ó se escandalizare al ver que otros lo hacían, se hallaría manifestamente muy lejos de comprender lo que de nosotros lo sobrenatural exige.

Con todo, no podemos creer que la gracia de Dios, que se manifiesta de tan evidente modo, en el movimiento de nuestra época, ofrezca dudas á nadie tocante á ese punto, de la justa inteligencia del cual depende la esperanza de un porvenir más dichoso.

Si, pues, hay quienes se sienten desagradablemente impresionados, desde que la conversación se hace respecto de tal asunto, procede eso únicamente de su temor de ver que la manifestación de nuestras faltas tórnase más dañosa que útil.

Es opinión que no podemos compartir, y precisamente desde el punto de vista apologético. No confesar francamente nuestro lado débil, es hacer la misión del apologista con respecto al hombre tan difícil como la del sacerdote en la reconciliación de un pecador tenaz con Dios. Si el apologista hiciera siempre oficio de panegirista, y prestase su voz, destinada á defender la verdad, á bajas adulaciones, por no decir á deslumbradoras disertaciones, no alcanzaría su objeto, y lograría precisamente lo contrario de su deseo. Si ocultase las miserias conocidas, y aun las que no lo son; si llegase hasta excusar lo reprehensible, perdería entonces el derecho de hablar en favor de la verdad, á la que dañaría. «Temes confesar,—dice San Agustín—y, con todo, no puedes disimular lo que no está escondido. Así es que tu silencio te condena, mientras que tu confesión habríate absuelto». <sup>(1)</sup> Pero si confiesa con valentía faltas

(1) Augustin., *Psal.*, LXVI, 6.

que le interesaría ocultar, todo el mundo vese obligado á convenir en que el amor á la verdad en todo es su guía único, y nadie puede negarse á oírle, porque no trae restricción alguna en su defensa.

Dejemos, pues, á los orgullosos que se miran como autores de su propia justificación, el deseo de pasar á todo trance por gente del todo irreprochable á los ojos del mundo. Los justos no se avergüenzan de confesar sus faltas. <sup>(1)</sup> Si Job no recela decir: «Mi intención no es justificarme, ocultando mis pecados», es prueba evidente de que toda la justicia del hombre aquí consiste en confesar generosamente los suyos. <sup>(2)</sup>

No obstante, confesar no es curar. Pero allí donde falte la voluntad de confesar las propias faltas, tampoco se da posibilidad de curación. La confesión es por lo menos el comienzo indispensable para llegar á un estado mejor; es el principio del cual la buena acción es coronamiento. <sup>(3)</sup> No podría ser, pues, jamás una vergüenza.

Lo que á ésta constituye, es únicamente tener defectos y ocultarlos. Pues bien, ¿quién pretenderá hacer creer al mundo que nos hallamos sin defectos? La Iglesia misma no comienza la más santa de sus obras, el sacrificio de la misa, sin la confesión de las culpas; y repite tal confesión, cuando el jefe de la cristiandad se halla presente sobre el altar. Como tendremos ocasión repetidas veces de hacerlo notar, los santos han puesto en la confesión de sus faltas una franqueza que nos asombra; y sus biógrafos han demostrado con respecto á ellos una sinceridad no menos asombrosa.

El espíritu de la Iglesia, la conducta de los santos, ¿no son caminos del todo marcados, por los cuales no tenemos más que andar, cuando debemos prestar á la verdad un servicio que tiene ella derecho á exigirnos?

Confesamos, pues, sin temor de hacer traición á nuestra

(1) Augustin., *Sermo*, 301, 2.

(2) Augustin., *Annotat. in Iob.*, 13.

(3) Augustin., *Ioan. tr.*, 12, 13; *Psal.*, XCIX, 16; CIII, 1, 4; CXLVI, 14, 15.

sagrada causa, que hubo siempre sobre el suelo que vamos á registrar, es decir, sobre el terreno de la vida práctica, errores y faltas referentes á la perfección.

Las más brillantes épocas de la historia de la Iglesia tienen sus páginas oscuras, como, por el contrario, los tiempos peores tienen algo bueno. Los santos mismos tienen sus defectos como el sol sus manchas.

La santidad sobrenatural es tan elevada, que sería tan insensato como injusto admirarse ó escandalizarse, si las almas nobles, que caminan por esa escarpada senda, tropiezan á menudo y alguna vez caen.

No debemos, pues, recelar el confesar también eso. Por otra parte, ¿no sería ridículo el pretender que solamente nosotros y nuestra época nos hallamos libres de defectos? ¿Quisiéramos, por acaso, dar la razón al mundo, cuando dice que no somos formales, y que tratándose de nosotros no se trata de la verdad? ¿Cómo podríamos hacerle callar, sino confesando francamente nuestras faltas?

Lejos también de nosotros la idea de que no tenemos suficiente bondad en nosotros mismos para confundir esas acusaciones. Gracias sean dadas á Dios, distribuidor de todo bien, si tenemos nuestras debilidades, tenemos también mucho bueno. Pero ¿cómo el mundo habrá de creer en lo bueno que en nosotros haya, y que no le es visible, si negamos el mal que diariamente ve, y al cual saluda con maligno gozo? Aquel, pues, que desea prestar verdadero servicio á la verdad, debe tener igualmente valor para proclamarla, sea ella la que fuere.

Esto es algo enteramente distinto de esa manía profesional de censurar, que se había encarnado en otro tiempo en el jansenismo, y que, por sus raíces, ha se perpetuado hasta el presente, de ese desacuerdo y esa acritud pesimistas que dan vida á continuas quejas contra uno mismo, y sobre todo contra los demás, de ese humor negro que no ve en parte alguna nada bueno, en todo caso jamás entre los cristianos, y que encuentra en lo mejor el mayor motivo para desesperar.